



lidad de los pueblos, los habían puesto al fin en estado de apoyar con feliz suceso esta pretension. La Alemania era el país que estos soberanos eclesiásticos gobernaban con la autoridad más absoluta. Excomulgaban, deponían á su antojo á los emperadores más poderosos, sublevaban á sus vasallos y ministros y armaban contra ellos á sus propios hijos. En medio de estas contiendas, los papas dilataban continuamente sus privilegios, y despojaban á los príncipes seculares de sus más preciosas prerogativas. La iglesia de Alemania sufrió todo el rigor de la opresión y codicia de un dominio extranjero.

El derecho de conferir los beneficios que los papas habían usurpado durante aquellos tiempos de turbulencia y de confusión, fué una nueva conquista que acabó de elevar y de cimentar su poder sobre las ruinas del temporal. Los emperadores y demas príncipes de Alemania habían estado por largo tiempo en posesión de este derecho, que fortificaba su autoridad y acrecentaba sus rentas. Mas los papas, arrancándolo de sus manos, se hallaron en disposición de inundar de sus creaturas todo el imperio; acostumbraron á un numeroso cuerpo de súbditos en cada provincia á no depender más de su soberano natural, sino solamente de la Santa Sede. Proveían en cada país los más pingües beneficios en extranjeros, y agotaban los tesoros de los reinos de Europa por sostener el lujo de su córte. Aun en los siglos más supersticiosos, los pueblos se rebelaron contra este género de opresión, y las quejas de los alemanes llegaron á ser tan vivas y frecuentes, que los papas, temiendo al fin apurar su paciencia, consintieron por esta vez, contra sus principios ordinarios, en rebajar un poco sus pretensiones, y en contentarse con el derecho de nombrar á los beneficios que vacáran en seis meses del año, dejando la provision de los otros á los príncipes y patronos legítimos.

Mas la córte de Roma no tardó en encontrar los medios de eludir un convenio que encadenaba tan fuertemente su poder. El uso introducido de reservar en cada país ciertos beneficios á nombramiento del papa, uso conocido desde largo tiempo y contra el cual se le-

vantaron repetidas quejas, se extendió mucho más allá de sus antiguas márgenes.

Se contaban en esta clase todos los beneficios poseídos por los cardenales, ó por alguno de los numerosos empleados de la córte romana: los que poseían los eclesiásticos que fallecían en Roma, ó en el espacio de cuarenta millas de distancia, bien yendo á aquella ciudad, bien á su vuelta; aún los que vacaban por la traslación del titular, y una infinidad de otros. En una palabra, Julio II y Leon X llevaron esta extension lo más léjos que pudieron, y confirmaron muchas veces beneficios que jamás se habían comprendido en el número de los que les estaba reservados expresamente, bajo del vano pretesto de que ellos mismos se habían guardado mentalmente este privilegio. No obstante, el derecho de reserva, á pesar de dicha extraordinaria extension, tenía aún ciertos límites; porque no podía ejercerse sino sobre los beneficios vacantes en la actualidad; y para acabar de libertarse de él fué que los papas introdujeron las *gracias espectativas*, ó los rescriptos que señalaban á una persona para poseer un beneficio luego que vacara. Por este medio, la Alemania se encontraba llena de eclesiásticos que no dependían sino de la córte romana, y que estas supervivencias ó futuras les aficionaban; los príncipes se veían frustrados de la mayor parte de sus prerogativas, y los derechos de los patronos legos eran casi siempre ó prebendos, ó inutilizados.

La manera con que se ejercían estos derechos extraordinarios los hacían aún más odiosos é intolerables. La avaricia y exacciones de la córte de Roma llegaron á tan excesivas, que pasaron casi á proverbio. La venta de los beneficios era tan notoria que ya no se tomaban aún el trabajo de encubrirlos, ni de disfrazarlos.

Compañías de comerciantes compraban por mayor á los empleados del papa los beneficios de las diversas diócesis de Alemania, y los vendían por menor con una ganancia cuantiosa. Los hombres de bien miraban con dolor estos ajustes simoniacos, tan indignos de los ministros de una iglesia cristiana; y los políticos se lamentaban de las pérdidas que causaban á los



Estados la exportacion de tanto caudal, producida por este sacrilégio comercio.

Efectivamente, las sumas de dinero, que la córte de Roma sacaba de las imposiciones regladas y legales sobre todos los países que reconocían su autoridad, montaban á tanto, que no es de extrañar se murmurara de la adición más ligera que se emprendía hacer sin necesidad aparente ó por medios ilícitos. Cada eclesiástico que entraba en posesión de un beneficio, pagaba al papa la annata, ó el primer año de la renta; y como esta contribucion se exigía con el mayor rigor, su producto era prodigioso. Es menester añadir á esto los donativos gratuitos que los papas pedían frecuentemente al clero, y las cobranzas extraordinarias del diezmo sobre las rentas eclesiásticas, bajo del pretesto de cruzadas contra los turcos, que raras veces se ponían en ejecucion, y que muchas no se tenía aún el designio de emprender. Juntado todos estos objetos, se ve cuál era la inmensidad de las rentas que iban continuamente á sepultarse en Roma.

Puede juzgarse por ahí de la depravacion de las costumbres del clero, del exceso de sus riquezas, de sus privilegios y de su poder antes de la reforma, del despotismo que los papas ejercían en el orbe cristiano, y de la idea que se formaba de ello en Alemania á principios del siglo XVI. No he copiado este cuadro por los escritores polémicos de este siglo, á quienes se podría sospechar de haber exagerado en el calor de la disputa los errores de la Iglesia que ellos querían echar por tierra, ó los vicios de los que la gobernaban. Lo he formado por los documentos más auténticos, por los registros y representaciones de las Dietas del imperio en donde se encuentra una enumeracion sosegada y tranquila de los abusos de que se quejaba el imperio y cuyas reformas solicitaba. Cuando se ve á estas graves asambleas explicarse con tanta acrimonia y enojo, y pedir con tanta fuerza la abolicion de estos enormes abusos, se puede bien creer que el pueblo mostraba su resentimiento y quejas con mayor amargura y fuerza.

Lutero, dirigiéndose á hombres tan bien dispuestos á sacudir el yugo de la córte de Roma, estaba casi seguro del feliz éxito. Despues de

haber aguantado por tan largo tiempo el rigor intolerable de este yugo, recibieron ansiosamente la proposicion que se les hizo de libertarlos. Asimismo las nuevas opiniones fueron acogidas con mucho ardor y alegría, y se comunicaron con rapidez asombrosa en todas las provincias de Alemania. La impetuosidad y violencia del carácter de Lutero, la confianza con que esparcía su doctrina, la arrogancia y desprecio con que trataba á todos los que no pensaban como él, se han mirado en los siglos en que las costumbres tienen más moderacion y urbanidad, como defectos que oscurecen la memoria de este reformador; mas estos defectos no dieron en rostro á sus contemporáneos, cuyos espíritus estaban agitados violentamente por dichas controversias interesantes, fuera de que ellos mismos habían probado todo el rigor de la tiranía papal que Lutero quería destruir, y habían presenciado toda la corrupcion de la Iglesia, contra la cual se desenfrenaba.

No les chocaron aquellas injurias groseras de que abundan sus escritos polémicos, ni aquella baja bufonería que mezclaba de cuando en cuando en los discursos más serios. En aquellos siglos aún bárbaros, se razonaban con inyectivas todas las disputas, y se empleaban los chistes en los asuntos más sagrados y en las ocasiones más solemnes. Este mal gusto de sátira y de chocarrería, lejos de dañar á la causa de Lutero, contribuía tanto como las más fuertes razones á dar á conocer á los pueblos los errores del papismo y á determinarles á renunciar á él.

A estas circunstancias favorables que nacían de la naturaleza misma de la empresa, y de la coyuntura en que se formó, se agregaron todavía extrañas y accidentales de las que Lutero supo sacar partido, y que no se habían ofrecido á los que le precedieron en la misma carrera. Una de las más dichosas fué la invencion de la imprenta, que le había precedido medio siglo. Este importante descubrimiento había facilitado maravillosamente la adquisicion y propacion de las ciencias; extendió con rapidez por toda Europa las obras de Lutero, que sin este auxilio habrían penetrado con lentitud y sin ningun efecto en todos los países remotos.



En vez de no ser leídas sino por sábios y ricos, los únicos que ántes de esta época podían proporcionarse libros, sus escritos se multiplicaron entónces en las manos del pueblo, que, lisonjeado de esta especie de apelación á su juicio, se permitió examinar y desechar dogmas, que se le habia ordenado precedentemente creer, sin permitirle áun entenderlos.

La restauracion de las letras en el mismo período fué tambien una circunstancia muy favorable á los progresos de la reforma. El estudio de los antiguos autores griegos y latinos, el conocimiento de las bellezas sólidas y del buen gusto que reinan en sus obras, despertaron el entendimiento humano del letargo profundo en que yacia por tantos siglos. Pareció que los hombres habian recobrado de repente la facultad de pensar y de razonar, cuyo uso habian perdido al cabo de tan largo tiempo. Celosos de aprovecharse de estos nuevos medios, los ingenios se ejercitaron con libertad en toda suerte de objetos. Ya no temieron meterse por caminos desconocidos, ni abrazar opiniones nuevas. Aun la novedad fué entónces un mérito de más en una doctrina, y lejos de atemorizarse, cuando Lutero, con mano atrevida, corrió ó desgarró el velo que cubria errores acreditados, se aplaudió su audacia y se la ayudó. Aunque Lutero ignorára absolutamente el arte de escribir con elegancia y gusto, no dejó de fomentar con celo el estudio de la literatura antigua: conociendo él mismo su gran necesidad para entender bien la Santa Escritura, habia adelantado bastante en la inteligencia del griego y hebreo. Melancton y algunos otros de sus discípulos aprovecharon mucho en las bellas letras. Aquellos mismos frailes, ignorantes y bárbaros, que se habian esforzado siempre á impedir á las ciencias penetrar en Alemania, eran asimismo los que se habian declarado con más fuerza contra las opiniones de Lutero; sostenian que la acogida favorable que recibia su doctrina era uno de los funestos efectos del adelantamiento de la literatura. La causa de las letras y la de la reforma se miraron como íntimamente enlazadas, y encontraron en todos los países amigos y enemigos comunes; esto fué igualmente lo que

dió á los reformadores tanta superioridad en la controversia sobre sus adversarios. La erudicion, la exactitud, la congruencia del pensamiento, la pureza del estilo, áun el buen ingenio y el donaire, estuvieron siempre por parte de los reformadores, y los hicieron con facilidad triunfar de frailes ignorantes, cuyos razonamientos ordinarios, expresados en estilo bárbaro y confuso, no eran nada propios para defender una causa cuyos errores y debilidad, todo el arte y toda la maña de sus más modernos y sábios defensores no han podido difrazar.

Aquel genio de exámen y de investigacion que la restauracion de las letras despertó en Europa, favoreció tanto á la reforma, que hasta las personas que no tomaban ningun interés en el logro de Lutero le ayudaron necesariamente en su empresa, disponiendo á los entendimientos á recibir su doctrina. La mayor parte de los hombres de ingenio que se aplicaban al estudio de la literatura antigua hácia fines del siglo XV y principios del XVI, sin tener el proyecto ni áun el deseo de trastornar el sistema de religion establecido, habian visto lo absurdo de muchas opiniones y prácticas autorizadas por la Iglesia, y habian conocido toda la flaqueza de los argumentos con que frailes sin letras se esforzaban á defenderlas.

El profundo desprecio que tenia á estos ignorantes apologistas de los errores recibidos, los empeñó más de una vez á ridiculizar á estos mismos errores con tanta franqueza como severidad. Sus primeros ensayos prepararon los hombres á los ataques más serios de Lutero, y debilitaron palpablemente el respeto que profesaban á la doctrina y persona de sus adversarios. Esto aconteció sobre todo en Alemania. Cuando se hicieron las primeras tentativas para reanimar el estudio de la antigüedad; los eclesiásticos de esta region, más ignorantes todavía que sus cohermanos ultramontanos, se opusieron á ello con todo el celo y actividad de que eran capaces: los partidarios de los nuevos estudios atacaron, por su parte, á sus antagonistas con la mayor violencia: Reuchlin, Hutten y los demas restauradores de las ciencias en Alemania, se han declarado contra los abusos



y corrupcion de la iglesia romana con una amargura de estilo nada inferior á la que distingue á los escritos del mismo Lutero.

La misma causa dió lugar á los tiros que Erasmo disparó de cuando en cuando contra los errores de la Iglesia, é ignorancia y vicios del clero. Gozaba en Europa de autoridad tan grande á principios del siglo XVI, y se leian sus obras con admiracion tan general, que los efectos originados de ellas merecieron señalarse como una de las circunstancias que más contribuyeron al buen éxito de Lutero. Destinado Erasmo desde su juventud á entrar en la Iglesia, y educado en el estudio de las ciencias eclesiásticas, se aplicó más que ningun otro sabio de su tiempo á las indagaciones teológicas. Su juicio penetrante y erudicion vasta le hicieron descubrir una multitud de errores, tanto en la doctrina como en el culto de la iglesia romana. Refutó algunos de ellos con toda la solidez del raciocinio y con toda la fuerza de la elocuencia. Empleó contra los otros la arma del ridículo y de la sátira, arma que sabia manejar muy diestramente y cuyo uso no puede ménos de gustar á la multitud. De todas las opiniones y de todos los estilos de la iglesia romana que Lutero emprendió reformar, habia pocos que Erasmo no hubiera tachado ya, y suministrádole un asunto de sátira ó de donaire. Cuando Lutero principió á atacar á la iglesia romana, Erasmo aplaudió, al parecer, su empresa; buscó la amistad de muchos de sus discípulos y partidarios, y vituperó la conducta y encarnizamiento de sus adversarios. Abrazó abiertamente su partido contra los teólogos de la escuela, y se desenfrenó contra estos maestros de errores que enseñaban un sistema tan escandaloso como ininteligible. Hasta juntó sus esfuerzos á los de Lutero, para enderezar el entendimiento de los hombres al estudio de la Santa Escritura, como única regla de la verdad religiosa.

Diferentes circunstancias impidieron con todo esto á Erasmo seguir á Lutero en la misma carrera: era de carácter tímido por naturaleza, y le faltaba aquella fuerza de alma, que puede sola determinar á un hombre á darse á conocer por reformador: deferente con los

grandes y hombres colocados en empleos, temia especialmente perder las pensiones, y demas beneficios que habia recibido de su liberalidad; amaba la paz y aguardaba del tiempo, y de la suavidad la reforma sucesiva de los abusos. Todo, en una palabra, le empeñaba á reprimir, á moderar á lo ménos el celo que le habia animado al principio contra los errores de la Iglesia, y á tomar más bien el carácter de mediador entre Lutero y sus competidores. Mas aunque Erasmo no hubiese tardado en tildar el carácter demasiado audaz y fogoso de Lutero, y aunque se le hubiese determinado al cabo á escribir contra este reformador, se debe no ménos mirarle como su precursor, y su aliado en aquella guerra declarada contra la Iglesia. El fué quien sembró las primeras semillas, que Lutero supo fecundar y madurar. Sus zumbas y los tiros indirectos de su sátira prepararon el camino á los ataques directos é invectivas de Lutero. Esta es la idea que se formaron de Erasmo los celosos partidarios de la Iglesia romana, que vivian en su tiempo; y ésta es la que debe concebir cualquiera que profundice la historia de dicha época.

En la larga enumeracion que acabo de hacer de las circunstancias que conspiraron á favorecer el adelantamiento de las opiniones de Lutero, ó á debilitar la resistencia de sus adversarios, he evitado entrar en ninguna de las discusiones de los dogmas teológicos del papismo; no he tentado probar que eran contrarios al espíritu del cristianismo, y que no tenían ningun fundamento sólido ni en la razon, ni en la escritura, ni áun en la disciplina de la primitiva Iglesia: he dejado á los historiadores eclesiásticos tratar estos asuntos, que son propiamente de su jurisdiccion. Mas cuando se añade el efecto de estas consideraciones, sacadas de la religion, á la influencia de las causas políticas, no debe ya maravillarse la impresion repentina y victoriosa que la accion de estas dos fuerzas reunidas debió hacer en el entendimiento humano. Los contemporáneos de Lutero estaban tal vez demasiado cerca, ó eran demasiado interesados en ella para ver distintamente las causas y examinarlas á sangre fria. No pudiendo algunos explicar los



progresos rápidos de esta revolución, la atribuían á una suerte de fatalidad extraordinaria, que difundía en el universo un espíritu de vértigo, y de innovacion; mas es evidente que el feliz éxito de la reforma fué efecto natural de muchas causas que una providencia particular habia preparado, y que conspiraron todas á un mismo fin por un acuerdo afortunado. Espero que las investigaciones en que he entrado para derramar algunas luces sobre un suceso tan singular é importante, y para descubrir sus causas, no se mirarán como digresion inútil: vuelvo al hilo de mi historia.

La dieta de Wormes continuó sus deliberaciones con toda la lentitud y formalidades ordinarias en esta suerte de asambleas. Se empleó mucho tiempo en hacer algunos reglamentos para la policía interior del imperio. Se confirmó la jurisdiccion de la Cámara imperial, y se puso más conformidad y método en las formas de sus procedimientos. Se nombró un consejo de regencia para ayudar á Fernando en el gobierno del imperio en las ausencias del jefe, que la extension de sus dominios, y la multiplicidad de sus negocios no podían ménos de hacer frecuentes. Se procedió despues á examinar el estado actual de la religion. No faltaban á Carlos motivos para declararse protector de la causa de Lutero, ó á lo ménos para favorecer secretamente sus progresos. Si no hubiera poseido otros dominios que los de Alemania, ni otras coronas que la del imperio, hubiera podido estar dispuesto á patrocinar á un hombre que defendía con tanto ánimo los privilegios é inmunidades, por las cuales el imperio habia luchado tan largo tiempo contra las papas; mas los proyectos inquietos y vastos que Francisco formaba contra él, le pusieron en la necesidad de reglar su proceder por fines más extensos, que los que habrían podido dirigir á un príncipe de Alemania: como le era de la mayor importancia asegurarse la amistad del papa, esta razon le impelió á tratar á Lutero con gran severidad, y creyó ser éste el medio más firme de empeñar al papa á unírsele. Con este designio hubiera estado muy dispuesto á satisfacer á los deseos de los legados de Alemania, que pedían que la dieta condenára sin

dilacion ni formalidades preliminares á un hombre, ya excomulgado por el papa como hereje. No obstante esta forma violenta de proceder, habiendo parecido á los miembros de la dieta inaudita é injusta, decidieron que se emplazára á Lutero para que compareciera y viniera á declarar si adhería ó no á las opiniones que habian atraído sobre él las censuras de la Iglesia. El emperador y todos los príncipes, por cuyo territorio debia transitar, le dieron un salvoconducto, y Carlos le escribió al mismo tiempo que se trasladára al instante á la dieta, renovándole la promesa de garantírle de toda suerte de insulto y de violencia. Lutero no vaciló un punto en obedecer, y partió para Wormes, seguido del heraldo que le habia traído la carta, y el salvoconducto del emperador. Todos los amigos, que encontró por el camino, asustados por la suerte de Juan Hus, que se habia hallado en las mismas circunstancias, y á quien el salvoconducto del emperador no habia podido proteger, no perdonaron á instancias ni á consejos para impedirle que se precipitára gratuitamente en medio del peligro; pero Lutero, superior á todos estos temores, los hizo callar diciendo: «Me han intimado legalmente comparecer en Wormes, é iré allá en nombre del Señor, aunque viera conjurados contra mí tantos demonios como tejas hay en las casas.»

La acogida que se le hizo en Wormes hubiera bastado para recompensarle de todos sus trabajos, si la vanidad y el amor de los aplausos hubiesen sido los motivos que le hacían obrar. Acudió á verle multitud de pueblo mucho más crecida que la que se habia juntado en la entrada pública del emperador. Su habitacion estaba llena diariamente de príncipes y personajes de la primera distincion, y se le trató con todo el respeto que se tributa á los que poseen el talento de subyugar la razon y de señorear el entendimiento de los hombres: homenaje mucho más sincero y lisonjero que el que impone la preeminencia de la calidad ó del nacimiento. Cuando se presentó delante de la dieta, se portó con tanta firmeza como decencia; por una parte confesó sin rodeos que habia escrito con demasiada vehemencia y



acrimonia en sus controversias; por otra, rehusó retractarse, á ménos que se le probára la falsedad de sus opiniones, y no quiso admitir otra regla para juzgar de ellas sino la palabra del mismo Dios.

Las amenazas ni las instancias, no habiendo podido hacerle abandonar esta resolucion, algunos eclesiásticos, propusieron seguir el ejemplo del concilio de Constanza y librar de una vez á la Iglesia de esta heregia funesta, castigando á su autor, que se encontraba en sus manos. Pero los miembros de la dieta no quisieron exponer el honor de los alemanes á nuevos vituperios por otra violacion de la fe pública: el mismo Carlos no se hallaba dispuesto á deshonorar el principio de su reinado por un acto de violencia: se permitió, pues, á Lutero se retirase en toda seguridad. Mas á pocos dias de su salida de Wormes, se publicó en nombre del emperador y de la dieta un edicto severo, que, declarándole reo empedernido y excomulgado, le despojaba de todos los privilegios que gozaba como súbdito del imperio, prohibiendo á todos los príncipes darle asilo ó proteccion, y mandando reunirse todos para prenderlo inmediatamente que espirara el plazo del salvoconducto.

Este edicto riguroso no se llevó á efecto. Su ejecucion fué estorbada en parte por la multiplicidad de negocios que suscitaron al emperador las turbulencias de España, las guerras de Italia y de los Países-Bajos; en parte por las prudentes precauciones que tomó el elector de Sajonia, protector fiel y constante de Lutero. Este, á su regreso de Wormes, al pasar cerca de Altenstein en la Thuringia, una tropa de soldados de caballería enmascarados salieron de improviso de una selva en que el elector los habia emboscado, rodearon á Lutero y su compañía, y despues de haber despedido á los que le escoltaban, le condujeron á Wartbourg, castillo fuerte que no distaba mucho.

El elector mandó suministrarle todo lo que necesitara y gustara; mas se ocultó cuidadosamente el lugar de su retiro, hasta que alguna mudanza en los asuntos de Europa aplacára el furor de la tempestad que se habia levantado contra él. Durante los nueve meses que residió

en esta soledad, á la que denominaba á cada paso su Patmos, aludiendo á la isla en que el apóstol San Juan habia estado desterrado, continuó en defender su doctrina, y refutar la de sus adversarios con su vigor y habilidad ordinarias; publicó allí diferentes tratados, que reanimaron el valor de sus sectarios, á quienes la repentina desaparicion de su jefe habia aturrido y desalentado en extremo al principio.

En su reino, sus opiniones continuaban en ganar terreno, y dominaban ya en casi todas las ciudades de Sajonia. Al mismo tiempo, los agustinos de Wittemberg, animados por la aprobacion de la universidad y por el patrocinio secreto del elector, arriesgaron el primer paso á una innovacion en las formas establecidas del culto público, aboliendo la celebracion de las misas rezadas, y haciendo comulgar á los legos bajo de las dos especies. Lutero se consolaba en su prision sabiendo el aliento y feliz suceso de sus discípulos, igualmente que su doctrina cundía en su patria; pero su gozo se acibaró amargamente por dos lances que parecían oponer estorbos insuperables á la propagacion de sus principios en los dos más poderosos reinos de Europa. El primero fué la condenacion de su doctrina por un decreto solemne de la universidad de Paris, la más antigua y respetable de las sociedades sabias que florecían entónces en Europa: el segundo fué la respuesta que Enrique VIII publicó contra su libro sobre el cautiverio de Babilonia. Este jóven monarca habia sido educado á la vista de un padre suspicaz, que le habia tenido ocupado en el estudio de las ciencias, para impedirle aplicarse á los negocios. Habia conservado siempre mucho más gusto al estudio y hábito al trabajo, que se hubiera debido esperar de un príncipe nacido con carácter tan activo y con pasiones tan violentas. Celoso de adquirir toda suerte de gloria, adherido con fuerza á la Iglesia romana, irritado además contra Lutero, por haber hablado con indecible desprecio de Santo Tomás de Aquino, su autor favorito, Enrique creyó que no le bastaría desplegar su autoridad real contra las opiniones del reformador; quiso también combatir las con las armas escolásticas. Con este intento publicó su